

El terror, recurso estratégico de los actores armados:

reflexiones en torno al conflicto colombiano*

ERIC LAIR

Más allá del grito, el análisis de una situación compleja es la primera forma de respeto

Olivier Mongin

ERIC LAIR
Politólogo,
profesor del
Departamen-
to de Ciencia
Política de la
Universidad
de los Andes.

INTRODUCCIÓN: ¿SE ENCUENTRA COLOMBIA EN GUERRA CIVIL?

Desde hace veinte años Colombia conoce fenómenos de violencia agudos y complejos. Durante los últimos diez años se han registrado más de 250.000 muertes violentas y la tasa anual de homicidio ha sido de 70 por cada 100.000 habitantes. Esta violencia¹ tiene la particularidad de

descomponerse en varios "estratos" que se entrecruzan: el conflicto armado interno, la delincuencia común, los ajustes de cuentas cotidianos y los conflictos intra-familiares. En este artículo sólo nos referiremos al conflicto armado que involucra principalmente guerrillas, paramilitares, ejército regular y poblaciones civiles.

(*) Agradezco a Claudia Mosquera, profesora asistente de la Universidad Nacional de Colombia, la traducción del artículo del francés al español y a Luisa Saldarriaga la relectura del mismo.

(1) Por razones de estilo, utilizaremos sin distinción la palabra "violencia" en singular o en plural aunque sea leída bajo el signo de la multiplicidad. Sobre los distintos aspectos de la violencia actual ver Franco, Saúl. *El quinto: no matar. Contextos explicativos sobre la violencia en Colombia*. Tercer Mundo-IEPRI: Bogotá, 1999.

Es sabido que algunos actores armados del conflicto interno aparecieron en los años sesenta (Ejército de Liberación Nacional, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y Ejército Popular de Liberación), pero la guerra se intensificó realmente a finales de la década siguiente. A partir de esta época se reactivaron las guerrillas y entraron en interacción con protagonistas armados como el ejército regular y posteriormente con grupos paramilitares, milicias urbanas o bandas de delincuentes. El período comprendido entre finales de los años setenta e inicios de los ochenta es importante para comprender el cambio de orientación estratégica de los actores en conflicto, así como la extensión de los enfrentamientos en sus dimensiones temporales y espaciales.

Después de dos décadas de intensificación del conflicto, es interesante preguntarse cómo se puede caracterizar esta confrontación armada percibida como un foco de inestabilidad regional. De entrada diremos que el conflicto colombiano no es lo suficientemente homogéneo para ser definido con claridad como una guerra civil. Puede considerarse que hay una guerra civil cuando ciudadanos toman las armas para enfrentarse al Estado o a grupos "subestatales" logrando involucrar población civil en sus combates. En Colombia estos enfrentamientos no son la resultante de una movilización voluntaria y masiva de las poblaciones pues son empujadas al conflicto bajo la coer-

ción y el terror. El conflicto en el Líbano, presentado como un arquetipo de guerra civil², puso en evidencia que la vinculación voluntaria de las poblaciones en las guerras civiles nunca es total. Es más bien una mezcla de participación impuesta y voluntaria. No obstante, en el caso colombiano, la participación forzada de las poblaciones es tan significativa que asalta la duda frente a si la noción de guerra civil es pertinente.

Además, a diferencia de las violencias ocurridas entre los años cuarenta y sesenta (época de la *Violencia*) que reflejaban ampliamente, pero no exclusivamente³, la lucha partidista entre conservadores y liberales, el conflicto colombiano actual no se inscribe en una lógica "amigo-enemigo" entre dos bandos de la población. Este conflicto tampoco se presenta a escala nacional con claros referentes comunitaristas (religiosos, étnicos, etc.) o políticos.

Las lógicas y las modalidades del conflicto colombiano son tan complejas y cambiantes que ponen de relieve la falta de matices de la noción genérica de guerra civil y la ausencia de estudios comparativos que permitan afinarla. Dada la diversidad de las situaciones conflictivas en el mundo, si queremos hablar de guerra civil es necesario precisar esta noción para no emplearla como una expresión "*passe-partout*". Vamos a distinguir entonces, tres grandes tipos de guerra civil⁴.

El primero remite a los conflictos en los cuales se da un enfrentamiento en-

⁽²⁾ El conflicto libanés (1975-1992) ha sido presentado como un modelo de descomposición social de tipo comunitario y más precisamente confesional. Si esta lectura no es falsa, es parcial hacer poco caso de las luchas de poder políticas y económicas entre las facciones armadas y del papel de los países extranjeros en la alimentación del conflicto que propone varias escalas de análisis (locales, regionales, nacionales e internacionales). Ver Corm, Georges. *Liban: les Guerres de l'Europe et de l'Orient, 1840-1992*. Gallimard: París, 1992.

⁽³⁾ Sánchez, Gonzalo. *Guerre et politique en Colombie*. L'Harmattan: París, 1998.

⁽⁴⁾ Proponiendo una tipología de las guerras civiles a partir de casos recientes (sólo nos hemos referido a los conflictos de estos últimos 25 años), nos arriesgamos a menospreciar sus singularidades. Sin embargo, por no poder presentar aquí estudios más precisos que tomen en cuenta otros parámetros (datos socio-históricos, papel del Estado en la difusión de las violencias, modalidades e intensidad de los enfrentamientos, etc.), nos pareció que era una manera de destacar la falta de matices de la noción de guerra civil.

tre poblaciones que se oponen por cuestiones políticas, socio-económicas, étnicas y/o religiosas. La existencia de referentes comunitaristas, compartidos por las poblaciones, da lugar a un compromiso activo de éstas en los combates sin que se excluya el uso de la fuerza para hacerlas participar en el conflicto. Llamaremos a estos conflictos, "guerras civiles clásicas". La división de la población en varias facciones fue clara en el Líbano, en donde la guerra interna fue además alimentada por la intervención de países extranjeros. En Myanmar (ex Birmania), existe también una polarización violenta de las poblaciones que tiene como telón de fondo rivalidades étnicas, religiosas, políticas y una lucha por el control de los cultivos y las rutas de la droga.

El segundo grupo se refiere a los conflictos donde la participación de las poblaciones tiene generalmente un carácter forzado. Son conflictos que podríamos llamar "guerras civiles impuestas o parciales". Es el caso de Colombia en donde poco a poco las poblaciones han perdido su identificación con los actores armados, quienes pretenden representarlas y las involucran ante todo bajo la fuerza en sus luchas de poder local. Las poblaciones aceptan más por interés o temor, que por simpatía o ideología, el orden social impuesto por cada actor armado. Angola (1975 hasta hoy) muestra igualmente los riesgos de "degeneración" de los conflictos de larga duración: las motivaciones iniciales fuertemente compartidas por las poblaciones y los protagonistas armados han venido transformándose; los actores armados parecen hoy más interesados en la apropiación del poder (local y nacional) y en el control de las riquezas económicas que en las reivindicaciones políticas y sociales de los angolese.

La tercera categoría remite a las guerras civiles en las cuales se perpetran genocidios: son "las guerras civiles genocidas". Por su magnitud, estas violencias

merecen un enfoque particular (Camboya entre los años 1975-1979 y Ruanda en 1994). Estos genocidios se fundamentan en representaciones políticas radicales que permiten a sus instigadores crear o designar a grupos sociales como "enemigos internos" (religiosos, étnicos, políticos, etc.) a exterminar. En Ruanda, la eliminación de los Tutsi y los Hutu "moderados" tomó más el aspecto de una cacería humana que de una guerra en el sentido tradicional de la palabra, es decir de una confrontación violenta organizada en la cual se enfrentan como mínimo dos grupos sociales antagónicos. Se trató de una guerra "relámpago" de exterminación declarada por el poder hutu, apoyado por varios sectores de la sociedad (milicias, ciudadanos, campesinos, etc.), en contra de otras poblaciones civiles poco preparadas para resistir. Lo que dio lugar a masacres de una intensidad inaudita con un carácter a la vez estatal y societal.

La complejidad del conflicto colombiano pone también de relieve las limitaciones de los principales esquemas explicativos conocidos en la "teoría de conflictos". Es así como el anclaje de las violencias en zonas de riquezas económicas impide analizar el conflicto colombiano en simples términos de privación y pobreza⁵. Las imbricaciones entre las violencias políticas y aquéllas que no lo son, tampoco nos permiten aprehenderlo en términos de lucha de clases o como un conflicto puramente político. Por otra parte, las transformaciones de las violencias invitan a rechazar la perspectiva un tanto lineal de las tesis sobre la llamada "cultura de la violencia", que hacen de la violencia actual una pálida reproducción de los conflictos precedentes. Por supuesto existen prácticas sociales en la violencia. Sin embargo, estas prácticas varían de una época a otra, entre los grupos armados, de un lugar a otro, etc. Son estos cambios los que la "cultura de la violencia" no toma suficientemente en

⁵ Es lo que muestran los estudios locales de Camilo Echandía en el libro bajo la dirección de Jesús Antonio Bejarano. *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*. Fonade-Externado de Colombia: Bogotá, 1997.

cuenta. La "cultura de la violencia" instala una representación monótona de las violencias y supone que las poblaciones son indiferentemente "permeables" a las mismas como si éstas fueran homogéneas en sus comportamientos. Por último, los recientes discursos sobre los desórdenes locales en el sistema internacional explican mal la situación conflictiva colombiana⁶, cuya complejidad lleva a ir más allá de la idea de desorden.

El análisis desde el razonamiento estratégico es una manera de identificar la concomitancia del orden y del desorden asociados a la mayoría de las situaciones de violencia. Permite también interesarse en la lógica de acción de los protagonistas armados que se inscriben sucesivamente o simultáneamente en varios campos de acción, ya sean militares, políticos, económicos o sociales. La noción de estrategia que proponemos está enfocada bajo el signo de la diversidad. Se descompone en una sucesión de procesos de acción en la que los cálculos, las elecciones y las decisiones nacen, evolucionan o desaparecen principalmente a través de interferencias⁷. Hablar de estrategia es introducir la intencionalidad que no es sistemáticamente anterior al actuar porque las preferencias, los objetivos y los medios, no siempre están determinados ni son fijos.

En una sociedad en donde las manifestaciones de la violencia son sentidas como fuerzas difícilmente identificables, el recurso a la noción de estrategia va a permitir también identificar a los actores de la violencia. Esta última se exagera a través de las prácticas de terror.

En el transcurso de los últimos años, los grupos en conflicto han hecho del terror uno de sus métodos de acción pri-

vilegiados. Nos podemos preguntar: ¿por qué razones los actores en conflicto recurren cada vez más al terror? Sin responder inmediatamente a este interrogante, es importante subrayar que el uso del terror coexiste con otros registros de acción tales como intimidaciones, presiones, acciones de seducción y respuestas a las demandas sociales y de orden de las poblaciones. Nos parece que si se hubiese empleado únicamente el terror, los actores en conflicto no habrían podido crecer tal como lo vienen haciendo desde hace veinte años.

Finalmente, la pretensión de este artículo es mostrar cómo el empleo del terror se ha vuelto uno de los principales recursos estratégicos, y un arma de guerra, utilizado por entidades armadas que no se benefician de ninguna ayuda externa significativa y tratan de encontrar localmente las condiciones para su auto-perpetuación.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LOS ACTORES EN CONFLICTO

Organizaciones armadas heterogéneas

Los actores del conflicto colombiano se constituyen en organizaciones debido a que sus miembros se reúnen alrededor de un mínimo de acciones colectivas, siendo lugar de creación de "reglas" y de mecanismos de pertenencia. No obstante estas organizaciones presentan en conjunto diferencias de disponibilidad militar. En efecto, las capacidades de movilización, despliegue y acción armada no son idénticas para todas. Están diferenciadas en el tiempo y según el grado de militarización de cada organización (fuerzas en períodos de enfrentamientos directos y de conquistas territoriales).

⁶ Véase a este respecto la lectura "caótica" del mundo pos-guerra fría propuesta por Raufer, Xavier. *Les superpuissances du crime-enquête sur le narco-terrorisme*. Plon: París, 1993. Para estimulantes críticas de las tesis sobre el desorden y el "caos" ver Bigo, Didier y Haine, Jean-Yves (compiladores). "Troubler et Inquiéter: les Discours du Désordre International", en *Revue cultures et conflits*. No. 19-20, invierno 1995.

⁷ El capítulo sobre los paramilitares de Castro, Germán, *En secreto*. Planeta: Bogotá, 1996, p. 141-232, demuestra que las estrategias de estas organizaciones son en parte descubiertas en la acción y determinadas por las interferencias con la guerrilla.

Además los principales actores guerrilleros, reducidos hoy día a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y al Ejército de Liberación Nacional (ELN), no presentan un frente político y militar unido. Por su parte los paramilitares, a pesar de su agrupación bajo la bandera de "Autodefensas Unidas de Colombia", son en realidad fuerzas que representan intereses regionales distintos. La conformación de sus frentes por campesinos, comerciantes, terratenientes, traficantes de droga, esmeralderos e incluso ex guerrilleros, confirma la anterior afirmación. El interés que une sus miembros es el combate de un enemigo común representado por las guerrillas.

Es importante anotar que las FARC y el ELN, las dos grandes guerrillas nacidas después de la época de la Violencia, muestran una estabilidad en el tiempo. Los pocos casos conocidos de desertión o de paso de sus miembros a las organizaciones paramilitares no han sido suficientes para desestabilizar las dos guerrillas más antiguas de América Latina. En los años ochenta incluso lograron ampliar el número de sus combatientes gracias a los recursos financieros obtenidos por sus actividades económicas lucrativas de guerra (droga, "impuestos" exigidos a las poblaciones, secuestros, etc). Su espectacular crecimiento militar y territorial (las FARC pasaron de 32 frentes y 3.500 soldados en 1986, a más de 60 frentes y 7.500 combatientes en 1995, mientras que en el mismo período el ELN pasó de 11 a 32 frentes y de 800 a 3.200 soldados), no provocó una atomización "anárquica" de sus frentes, de modo contrario a lo observado en Liberia en donde los actores armados se disgregaron a medida que controlaban nuevos territorios y recursos. Hoy en día el reto para las FARC y el ELN consiste en mantener el equilibrio entre la fuerte expansión y el control de sus frentes, de modo que casos como la reciente creación del Ejército

Revolucionario del Pueblo salido del ELN no se extiendan.

Ahora se hace necesario describir brevemente la evolución de las oportunidades de acción estratégica de las organizaciones armadas, para una mejor comprensión de las condiciones en que se acude al terror.

Protagonistas armados con trayectorias estratégicas diferenciadas

A comienzos de la década de los ochenta, las guerrillas nacidas después de la Violencia (FARC y ELN ya citadas y el Ejército Popular de Liberación) se encontraban debilitadas debido a crisis internas (problemas financieros, materiales, rivalidades, etc). A través de la incursión masiva en actividades económicas (droga, contrabando, robos, secuestros, etc), iniciaron un movimiento de crecimiento sin precedentes. Estas guerrillas, que no amenazaban la estabilidad del país, irrumpieron en la escena política nacional diseminándose poco a poco en la mayoría de los espacios sociales y diversificando sus acciones.

Las guerrillas colombianas no han cesado de reivindicar un lugar en la arena política. Pero contrariamente a sus distintas declaraciones, su participación en la esfera política no puede analizarse como un simple proyecto de toma del poder al nivel nacional; cualquiera que sea su afiliación ideológica (el ELN se inspira en la Revolución Cubana y las FARC estuvieron inicialmente ligadas al Partido Comunista Colombiano), las posibilidades de toma del poder nacional son cada vez más lejanas después de años de conflicto. Además, estas afiliaciones no son suficientes para avalar el recorrido de las guerrillas por la violencia.

Éstas tienen otras motivaciones que se cristalizan alrededor de la lucha por el poder local. Implicadas en una gestión del poder local⁸, las guerrillas intentan

⁸) Estudios locales recientes muestran de forma excelente la manera como los actores armados privados han implementado redes coercitivas para influir en la vida política y económica de numerosos

no estar excluidas de los juegos políticos de dimensiones nacionales. Tratan de crear un continuo entre sus capacidades de acción política entre lo local y lo nacional. Se apoyan por ejemplo en la gestión cotidiana de estos "micro-poderes" para lanzarse a grandes operaciones militares⁹ y abrirse espacios de negociación y representación política a nivel nacional: las principales acciones militares de las FARC desarrolladas desde hace tres años, combinadas con su introducción violenta en la vida política en numerosas localidades, les permiten presentarse en posición de fuerza y reclamar un estatus de actor político en el momento en que acaban de iniciarse negociaciones de paz con el gobierno de Andrés Pastrana.

Si bien es cierto que las guerrillas han logrado transformarse en poderes políticos "de hecho" locales, sus capacidades de acción política legales se han reducido notoriamente. Desde este punto de vista, parecen "huérfanos" políticos en búsqueda de una representatividad legal perdida, como lo prueba el caso de las FARC con la eliminación de casi todos los miembros de su brazo político, la Unión Patriótica, y su distanciamiento del Partido Comunista Colombiano. Además, las guerrillas parecen tener dificultades para definir una estrategia de acción coherente y aumentar su legitimidad frente a las poblaciones¹⁰.

Los paramilitares también reivindican de manera vehemente un estatus de ac-

tor político especialmente desde la celebración de la tercera conferencia de las "Autodefensas de Colombia" en 1996, durante la cual afirmaron también su voluntad de desafiar a las guerrillas en el manejo de los municipios, inclusive en sus territorios de influencia tradicional. El creciente peso militar y económico de los paramilitares desde finales de los años ochenta ha obstaculizado las oportunidades de acción de las FARC y del ELN. Los paramilitares han conducido a las guerrillas a ciclos de enfrentamiento y represalia armada sin fin, reforzando las tendencias militaristas en las filas de éstas.

Finalmente es la voluntad de control de los espacios sociales y la instalación duradera de los actores armados en una guerra de larga duración, las que explican la intensificación de las violencias y del terror.

VARIAS MIRADAS AL TERROR COLOMBIANO

Un terror desinstitucionalizado

Sin pretender una reseña histórica de la noción de terror, es interesante anotar que con la Revolución Francesa la palabra apareció asociada al poder de Estado¹¹. Esta tendencia a la instrumentalización del terror se confirmó ulteriormente en otras sociedades donde fue empleado con el fin de quebrantar la voluntad o la resistencia de las poblaciones. El terror se ha transformado en uno de los recursos privilegiados por el Estado para el ejercicio de su autoridad y la construcción

municipios. Véase Cubides, Fernando; Olaya, Ana Cecilia y Ortiz, Carlos Miguel. *La violencia y el municipio colombiano, 1980-1997*. Facultad de Ciencias Humanas-Universidad Nacional: Bogotá, 1998; González, José Jairo; Ramírez, Roberto; Valencia, Alberto y Barbosa, Reinaldo. *Conflictos regionales: Amazonia y Orinoquia*. Iepri-Fescol: Bogotá, 1998. Aldana, Walter; Atehortúa, Adolfo y Correa, Hernán Darío, et al. *Conflictos regionales: Atlántico y Pacífico*. Iepri-Fescol: Bogotá, 1998.

⁽⁹⁾ Ataque a la base militar de Las Delicias en el Putumayo (agosto de 1996), destrucción del puesto de comunicación militar de Patascoy en Nariño (diciembre de 1997), ofensiva contra posiciones militares en El Billar en el Caquetá (marzo de 1998) y operación contra la base antidroga de Miraflores en el Guaviare (agosto de 1998), cada una con toma de prisioneros.

⁽¹⁰⁾ Véase el prólogo de Daniel Pécaut a Peñaranda, Ricardo y Guerrero, Javier (compiladores). *De las armas a la política*. Tercer Mundo-Iepri: Bogotá, 1999.

⁽¹¹⁾ Véase a este respecto Martin, Jean-Clément. "Un bicentenaire en cache un autre: repenser la terreur?". En: *Annales Historiques de la Révolution Française*. No. 297, julio-septiembre 1994, p. 517-526.

de su poder. Durante los últimos cincuenta años, el terror en los países latinoamericanos ha sido ante todo un terror de Estado. Regímenes de terror han sido instituidos para gobernar y controlar poblaciones. El terror ha encontrado un terreno de propagación privilegiado en las campañas "anti-subversivas" y la "doctrina de seguridad nacional", verdaderas piedras angulares de la lucha contra "el enemigo comunista".

En Colombia la doctrina de la seguridad nacional no ha sido lo suficientemente internalizada a largo plazo por la clase política y los cuadros militares, como para darle un marco teórico a la violencia y al terror. Lo que ha prevalecido hasta hoy ha sido una violencia estatal alimentada en la lógica represiva, por períodos y sin visión estratégica frente a la lucha antisubversiva.

Privado de un imaginario político de dimensión nacional, el terror fue acaparado en el pasado por conflictos partidistas. Tal fue el caso en la época de la Violencia, período durante el cual el terror estuvo fuertemente instrumentalizado por lógicas de eliminación entre conservadores y liberales. Cada bando tenía establecido entonces verdaderas redes de terror estructuradas con socios comanditarios, ejecutantes y procedimientos de teatralización de las violencias¹².

La imagen de un terror difícilmente identificable, debido a su inserción en redes mixtas que mezclan intereses privados y estatales, se reforzó desde finales de los años setenta. El terror colom-

biano aparece más que nunca "descentralizado". El terror estatal ha sido arrebatado de las manos del propio Estado, sin por ello desaparecer, por parte de actores armados diseminados horizontalmente en la sociedad. En esta perspectiva, el terror colombiano no se parece al terror que vivieron algunas sociedades latinoamericanas como Argentina, en donde ante todo era pensado y conducido por agentes estatales. Por su carácter difuso y descentralizado, es más parecido al terror de algunos países africanos como Sierra Leona y Liberia, caracterizados por una fuerte privatización de la violencia.

Ahora la cuestión es saber en qué condiciones el terror armado ofrece oportunidades de acción estratégica a los actores colombianos en conflicto.

El terror y las representaciones estratégicas de los actores en conflicto

El terror colombiano presupone una parte de destrucción de los espacios sociales. Sin embargo, las representaciones violentas de los actores armados no son tan radicales como lo son en las "guerras civiles genocidas". En estas situaciones extremas, las violencias constituyen una forma de destrucción societal en donde el terror se aleja de la idea según la cual es un recurso para controlar duraderamente poblaciones.

Las masacres iniciadas en Ruanda en 1994 por el aparato de Estado hutu, apoyado por milicias y sobre todo por poblaciones hutu¹³, provocaron movimien-

¹²) Sánchez, Gonzalo. *Guerre et politique en Colombie*. Ob. Cit., p. 15-62.

¹³) País alejado cultural, política y socialmente de Colombia, Ruanda atestigua la pertinencia de los análisis estratégicos para considerar la violencia bajo sus formas más variadas. El análisis estratégico permite comprender cómo centenas de miles de Tutsi fueron asesinados mediante planes cuidadosamente elaborados (armamento de poblaciones, constitución de milicias, etc.) por miembros del Estado hutu. Sin embargo, Ruanda muestra las limitaciones del razonamiento en términos estratégicos, lo cual no puede por sí solo explicar todas las violencias. Las matanzas de 1994 no eran únicamente el resultado de planes sino más bien una mezcla de masacres organizadas y espontáneas. Para un relato histórico del genocidio, véase Prunier, Gérard. *History of a Genocide. 1959-1994*. Hurst and Company: Londres, 1995. Claudine Vidal, por su parte, se interroga por qué y cómo se propagaron con tal rapidez las violencias. "Le génocide des rwandais tutsis: Cruauté Délibérée et Logiques de Haine". En: Héritier, Françoise. *De la violence*. Odile Jacob: Paris, 1996, p. 327-366. Para

tos de terror entre los ruandeses. Pero, a diferencia del caso colombiano, en principio las violencias en Ruanda fueron la resultante de planes estratégicos de dominio político pensados por el poder hutu buscando la eliminación sistemática, y no el control, de la minoría tutsi y de las fuerzas de oposición hutu.

Las reflexiones en torno a las nociones de guerra y genocidio de Alain Destexhe¹⁴, quien estima que es necesario poner de relieve las particularidades de cada una de estas situaciones para evitar las amalgamas y designar a sus autores, son válidas para el uso del término "terror". Éste no es lineal de un espacio social a otro: tiene sus propios actores, dinámicas, modalidades y temporalidades. Para que el terror no aparezca como una noción sin fuerza vamos a pensarlo a partir de dos casos de terror diferenciados, Colombia y Ruanda. No queremos establecer una jerarquía de los sufrimientos de las poblaciones sino reflexionar sobre las representaciones violentas de los actores armados y el papel del terror.

En Ruanda, el terror fue esencialmente una técnica desplegada para obligar a las futuras víctimas a refugiarse en lugares públicos (iglesias, estadios, escuelas, etc.). El terror permitió concentrar provisionalmente poblaciones para luego masacrarlas en tiempos muy cortos. Este terror apareció más como un recurso de la violencia a nivel táctico (método de reagrupamiento forzado) en un contexto de "cacería de hombres", que como un plan estratégico general para ser empleado en el establecimiento de redes duraderas de control de poblaciones. En Colombia algunas violencias perpetradas en contra de las poblaciones son más bien pensadas para provocar un terror parali-

zante duradero. En otros términos, los protagonistas armados colombianos parecen integrar las capacidades de inercia del terror en sus propósitos estratégicos (políticos, militares y económicos) a menudo pensados a largo plazo. Por esta razón, el tiempo del conflicto es más largo que en Ruanda.

Cuando se ejerce por sus efectos de parálisis social, el terror supone una parte de aniquilamiento de la voluntad del otro. Sin embargo, este terror no implica una búsqueda desenfrenada de la muerte. Tiende muy pocas veces¹⁵ a la desaparición total de una colectividad humana porque tiene necesidad de un número importante de habitantes para producir y difundir miedo. Para ser eficaz, el terror como forma de dominio socio-espacial no necesita exhibir una violencia continua y generalizada. Es lo que parecen haber comprendido los actores del conflicto colombiano que llevan a cabo acciones violentas de manera intermitente, con gran crueldad, en contra de uno o varios individuos con el objetivo de afectar a grupos sociales más numerosos. Se apoyan en prácticas de teatralización de la violencia (mutilaciones y desmembramientos de cuerpos exhibidos) y con el papel de los rumores, para difundir un imaginario del miedo entre las poblaciones y paralizar el tejido social que luego van a organizar según sus intereses estratégicos.

EL TERROR EN EL CENTRO DE MECANISMOS DE REGULACIÓN Y ACUMULACIÓN DE PODER

Las prácticas de terror desterritorializadas

Para analizar más detalladamente los nexos entre el terror y las estrategias, se

valiosos testimonios sobre las masacres ver African Rights. *Rwanda: Death, Despair and Defiance*. African Rights: Londres, 1995. Por último el estudio de campo de Longman, Timothy. "Genocide and socio-political Change: Massacre in two Rwandan Villages". En: *Issue, a Journal of Opinion*. Volume XXIII, No. 2, 1995, p. 18-21, permite diferenciar los comportamientos ante el genocidio y da una idea de la diversidad de los móviles de sus protagonistas.

⁽¹⁴⁾ Destexhe, Alain. *Rwanda-essai sur le génocide*. Complexe: París, 1994, p. 21-29.

⁽¹⁵⁾ Decimos "muy pocas veces" ya que el terror estratégico puede en cualquier momento degenerar en formas más prosaicas.

pueden distinguir los casos en donde el terror tiene una base territorial de aquéllos en los cuales el terror está desterritorializado.

Los asesinatos de personalidades políticas y los atentados contra las poblaciones de finales de los años ochenta (carros-bomba y explosión de un avión de Avianca) imputados a las organizaciones "mafiosas", informan sobre las dimensiones no territoriales de ciertas prácticas y lógicas de terror espectaculares¹⁶. Antes que todo, los traficantes deseaban tomar como rehén a la opinión pública y forzar al gobierno colombiano a renunciar al principio de extradición hacia los Estados Unidos.

Las acciones de terror "desterritorializado", que recuerdan las de las redes de terrorismo internacional, han sido ampliamente utilizadas por el ELN durante los últimos años. En efecto, si dinamitar instalaciones petroleras era común desde mediados de los ochenta, el ELN recurre cada vez más a los atentados con valor aterrizante. Dichos atentados tienen como objetivos prioritarios los lugares públicos y las infraestructuras que simbolizan el poder del Estado. Tal fue el caso de las operaciones emprendidas simultáneamente con las FARC en diversas regiones del país en agosto de 1998, poco antes de la investidura de Andrés Pastrana. Estas operaciones brutales son el reflejo de la nueva línea militar-estratégica del ELN, cuya influencia se reduce a medida que se desarrollan las acciones

paramilitares en su contra¹⁷. Sus acciones de terror traducen una territorialización armada precaria. Sus acciones son motivadas por estrategias que pretenden provocar una parálisis del tejido social, por más breve que sea. Responden también a una voluntad de demostración de fuerza en un momento en el que el ELN se encuentra subvalorado en las negociaciones de paz con el gobierno y en una coyuntura en la cual su aparato militar ha perdido algunas de sus capacidades operativas. Por consiguiente, para el ELN se trata de compensar estas deficiencias de orden geopolítico interno con atentados que, aunque no permiten un dominio estable de los espacios sociales, tienen efectos coyunturales de miedo, desorden y poderío.

La base territorial tampoco es un elemento central del terror en ciertos métodos de reclutamiento de los actores armados, que aprovechan las capacidades de "inercia" social provocadas por el terror para ampliar el número de sus integrantes. Sin negar sus capacidades de atracción ante personas que ven estas organizaciones como una colectividad sinónimo de pertenencia (socialización precaria por las armas)¹⁸ y una fuente de ingresos, el enrolamiento de los combatientes en las filas de los paramilitares y de las guerrillas se efectúa a veces bajo la coerción. So pena de represalias en caso de resistencia, hay familias que son obligadas a "ofrecer" uno de sus miembros a la guerrilla¹⁹.

⁽¹⁶⁾ Véase Pécaut, Daniel. "De la banalité de la violence à la terreur: le cas Colombien". En: *Revue Cultures et Conflits*. No. 24-25, invierno-primavera 1996/1997, p. 163-164.

⁽¹⁷⁾ Esta constatación debe ser matizada para el sur de Bolívar, Arauca y Norte de Santander en donde las facciones del ELN se benefician de una fuerte implantación.

⁽¹⁸⁾ Para otros conflictos (Liberia, Mozambique, etc.), investigadores han evocado la constitución de un "cuerpo social guerrero" que se formaría dentro de y por la violencia. Por seductora que sea, esta noción da demasiada importancia a la guerra como elemento de reproducción de los protagonistas armados y da una visión unitaria de grupos poco homogéneos. Estas objeciones hacen que esta noción no sea pertinente para el caso colombiano que brilla por la fluidez de las trayectorias de vida de los actores en conflicto. Para dar cuenta de fenómenos de pertenencia y construcción de identidades en la violencia particularmente fugaces, preferimos la idea de "socialización armada precaria".

⁽¹⁹⁾ Sin embargo, estas formas de reclutamiento bajo la coacción y el terror no son tan sistemáticas como lo fueron en el caso de la Resistencia Nacional de Mozambique, por ejemplo. Además, son

La estrategias de terror territorializadas, más numerosas, son más fáciles de identificar en la medida que el referente territorial permite tener una representación espacial de sus dinámicas. La idea de territorialización puede someramente debilitarse según dos configuraciones: la primera remite a los territorios dominados y privatizados por un actor armado; la segunda se refiere a las zonas donde al menos dos protagonistas libran una guerra de hegemonía local. Estas formas de dominio están marcadas por discontinuidades en su administración y en su proyección geográfica. Retomando una imagen de la literatura sobre los conflictos en África, esta geopolítica de los grupos en conflicto se asemeja a una "piel de leopardo".

El terror y las configuraciones geoestratégicas de tipo unipolar

Algunos territorios están controlados por un protagonista armado. No obstante, nunca son completamente dominados por dicho actor y no están exentos de transacciones con otros protagonistas.

Los territorios de la droga controlados desde hace mucho tiempo por las guerrillas encarnan bien estos ejemplos. En buen número de estas zonas, cuyos epicentros se sitúan en el sureste del país. (Putumayo, Caquetá y Guaviare), los guerrilleros establecen las condiciones de cohabitación con otros protagonistas armados y con las poblaciones.

Los habitantes de estas regiones llegan a pactos con las guerrillas cuyos términos recuerdan en algunos aspectos los enunciados por Thomas Hobbes: renuncian a libertades (defensa individual, derecho de expresión, etc.) y adhieren a las

normas de la guerrilla a cambio de la garantía de un ambiente seguro. Dados bajo la coerción, estos pactos revelan también una oferta de protección impuesta por parte de los actores armados a las poblaciones. Las fronteras entre la demanda y la oferta de protección son en realidad tan imprecisas que es difícil saber si la adhesión se crea más por consentimiento o bajo la amenaza de muerte. Es en este contexto de miedo y aceptación que el terror toma formas veladas que sin embargo pueden intensificarse cuando el control del territorio es amenazada por otro actor armado.

Son las FARC las que se benefician de la más sólida implantación en estas zonas, en el Caquetá principalmente, donde se difunde el terror entre las poblaciones y los hombres políticos. Contra estos últimos, dicha guerrilla lleva a cabo campañas selectivas de intimidación y miedo (circulan listas de personas a asesinar) especialmente en época de elecciones municipales con el fin de someter cualquier polo de poder que compita contra su autoridad²⁰.

El recurso del terror sirve igualmente a sus estrategias económicas. La propagación de éste entre los propietarios de tierras y los ganaderos es un medio de presión para hacerlos huir y liberar tierras de las que se apropian posteriormente. El uso de una violencia "destilada", el terror, presenta la ventaja de limitar el uso sistemático de acciones punitivas sangrientas en una región donde las guerrillas necesitan una importante mano de obra para la economía de la droga e igualmente para el cultivo de productos legales indispensables para su autosubsistencia.

contrabalanceadas mediante sistemas de recompensa y de ascenso internos sin los cuales los soldados terminarían por rebelarse o por desertar masivamente. Los actores armados colombianos parecen así regirse por estrategias de tipo pendular "castigo-recompensa". Lo que significa que los métodos de reclutamiento mediante el terror proponen un futuro a los miembros ya que se les ofrecen posteriormente oportunidades de promoción y "carrera" en cada organización armada.

⁽²⁰⁾ Véanse los testimonios recogidos en el Caquetá en el libro de Apuleyo, Plinio. *Zonas de fuego*. Intermedio: Bogotá, 1990.

El terror asegura así el establecimiento de una economía de guerra que deja espacios abiertos para negociar y manipular poblaciones ubicadas en el centro de intereses económicos y socio-políticos de los actores armados.

El terror y las estrategias de conquista territorial

Sin embargo, cabe añadir que estos espacios de negociación entre poblaciones y actores armados disminuyen en cuanto el territorio es terreno de lucha entre varias organizaciones que no logran controlar y "homogeneizar" una zona según sus intereses.

La lucha que se libra actualmente en Urabá es uno de los ejemplos más flagrante de los procesos de apropiación territorial violento en el país. Atrapada en una confrontación armada multipolar entre las guerrillas, los paramilitares y el ejército, la región de Urabá enfrenta fenómenos de violencia y terror cuya intensidad está ligada a su ubicación estratégica. Los intereses económicos de la industria bananera pusieron de relieve una posición que hizo de esta zona, en el pasado, un sitio privilegiado de contrabando y, aún hoy, de comercios ilegales²¹. El interés de la región reside en una "ambivalencia" geoestratégica: constituye una zona de refugio por el hecho de que aún no está comunicada a Panamá y porque sufre de un déficit de vías de comunicación internas; esta región se beneficia igualmente de un espacio abierto con doble salida al océano Pacífico y al

mar Caribe. Por eso, a semejanza de los traficantes de droga, los paramilitares y las guerrillas han hecho de Urabá un centro de sus actividades económicas y comerciales (tráfico de drogas, de armas, etc.). Además, la proximidad de la frontera panameña permite desde hace años a las FARC contar con una zona de repliegue, de descanso y de aprovisionamiento difícilmente accesible, mientras que las tierras del eje bananero en donde se encuentra una importante mano de obra son más percibidas como focos de poder económico y de apoyo político.

En cuanto a los paramilitares, el dominio del Urabá se ubica en un proyecto trans-regional que apunta a establecer un corredor "anti-guerrilla" que cubra la mayor parte del norte de Colombia, desde Venezuela hasta Panamá.

Urabá vive un estado de terror ya que ninguno de los protagonistas armados está dispuesto a renunciar a esta región. Pero tampoco están en capacidad de imponerse como entidad reguladora dominante y permanente²². Esta situación de gran violencia es la resultante de una serie de acontecimientos recientes interdependientes. En primer lugar, la paz negociada con el EPL²³ condujo a las FARC a dirigirse hacia las tierras de influencia de esta guerrilla para llenar sus vacíos de poder. En reacción a estos deslizamientos los paramilitares, asociados en alianzas de "oportunidad" con las fuerzas militares, lanzaron una gran ofensiva "anti-subversiva" desde mediados de los noventa, proseguida actualmente. Esta desmovilización del EPL ha modificado

⁽²¹⁾ Para una presentación de la zona de Urabá véase García, Clara Inés. *Urabá: región, actores y conflicto. 1960-1990*. Instituto de Estudios Regionales: Medellín, 1996.

⁽²²⁾ El libro de García, Alejandro, *Hijos de la violencia*. Los Libros de la Catarata: Madrid, 1996, recuerda que en los años ochenta la región del Magdalena Medio conoció también una guerra territorial, marcada por el terror entre las guerrillas, el ejército y los grupos paramilitares. El autor muestra que la decadencia de las guerrillas en beneficio de los otros actores fue combinada con un clima de miedo, de delaciones y de radicalización de sus estrategias: las guerrillas intentaron limitar la erosión de sus apoyos sociales multiplicando las exacciones contra las poblaciones con las cuales perdieron el contacto.

⁽²³⁾ Para una historia del EPL véase Villarraga, Álvaro y Plazas, Nelson. *Para construir los sueños. Una historia del EPL*. Fondo Editorial para la Paz: Bogotá, 1995.

las relaciones de fuerza en detrimento de las FARC, que luchan no solamente contra el ejército regular y los paramilitares, sino también contra antiguos miembros del EPL, a veces transformados en agentes informantes al servicio de las organizaciones paramilitares, a veces guerrilleros desmovilizados que retomaron las armas.

Desde entonces las FARC están sometidas a dos fuerzas centrífugas: empujadas hacia el sur de la región y acorraladas en el norte, en la frontera con Panamá. La intensificación de las violencias en esta parte de Urabá, hasta entonces resguardada relativamente de las acciones de terror, es ante todo incentivada por los paramilitares. Por una parte es el resultado de la guerra territorial librada por el control de las vías fluviales por donde transitan armas y droga. Por otra parte, obligando a las FARC a incursionar regularmente en la provincia panameña del Darién, los paramilitares esperan provocar una militarización de la frontera por parte de las fuerzas de Panamá y acorralar del otro lado a la guerrilla.

Son las poblaciones las que más sufren el recrudescimiento de las acciones de terror y están sometidas a lógicas de dominio cuya imposición varía según las estrategias, las percepciones recíprocas de los actores, el estado de sus fuerzas y los ciclos de represalias. Cada actor armado utiliza el terror en contra de las poblaciones con el fin de persuadirlas de que no apoyen material y políticamente a su enemigo. Es una manera de librar una guerra de tipo "estratégico indirecto"²⁴ con poblaciones interpuestas en la cual se evitan los combates directos, costosos en términos de gastos y pérdidas (humanas, materiales, económicas, etc.).

El despliegue del terror traduce una privatización geográfica y mental de los espacios sociales por parte de las organi-

zaciones armadas que tienen representaciones estratégicas "amigo-enemigo". Dichas representaciones permiten reducir las incertidumbres de un ambiente de guerra mal controlado: impiden la neutralidad de las poblaciones que se convierten en sospechosos *a priori* en caso de rechazo de cooperación o en función de su lugar de habitación y de trabajo²⁵. Las poblaciones no tienen entonces más alternativa que aceptar la dominación de un protagonista armado, rebelarse o desplazarse.

CONCLUSIÓN

El terror para el control de los espacios sociales, tal como se dibuja cada vez más en el país, se fundamenta en juegos de comunicación en los que los intercambios orales tienen únicamente un lugar limitado en beneficio de la ley del silencio. Estos juegos se esbozan de la siguiente manera: entre los actores del terror, a menudo con poblaciones interpuestas, con la intención de mostrar al otro sus capacidades de acción; de las organizaciones armadas hacia las poblaciones con la intención de vencer su resistencia; y entre las poblaciones que se encuentran puntualmente en los espacios del sufrimiento.

Este terror permite a los actores armados defender o ampliar el radio de sus poderes locales sin destruir totalmente el tejido social. En este sentido tienen una visión de la guerra parecida a la de Clausewitz: derrotar al enemigo no supone necesariamente su aniquilamiento.

La imagen de "caos" asociada al terror se encuentra de esta manera matizada. Sin embargo no debemos pensar únicamente en la idea de un terror enraizado en la estrategia. Existen otras formas de terror menos controladas y más difíciles de analizar. Además, esta imagen de te-

²⁴) En el sentido definido por el general André Beaufre. *Stratégie de l'action*. Éditions de l'Aube: París, 1997, p. 130-144.

²⁵) Ramírez, William. *Urabá. Los inciertos confines de una crisis*. Planeta: Bogotá, 1997, p. 90.

rror "destilado" para controlar territorios, riquezas económicas y poblaciones, bien podría hacerse menos evidente si se confirmara que se multiplican los enfrentamientos directos entre los protagonistas armados. El conflicto colombiano entra-

ría entonces en una intensa y larga fase de combates que nunca ha conocido. Cambiarían en consecuencia las representaciones estratégicas de los actores en conflicto y el sentido que podemos dar hoy al terror.

